



OJOS

NO

ABUSOS

NO +
ABUSOS

Amanecer en un nuevo mundo. En un nuevo país. Caminando libre por la Alameda, con la esperanza de que al fin, se ha adquirido la tan vapuleada consciencia. Decir tantas veces “al fin”, pensar tantas veces “al fin”, pese a tratarse de solo el comienzo. Ser parte de la multitud sin perder la identidad. Porque “al fin”, la multitud se parece a lo que habita en la propia cabeza. Cuando la minoría se abre paso hacia ser mayoría.

Crear, por un segundo. Por un día. Por diez. Por meses. Y después... ¡La decadencia! El golpe. La derrota. La tarea no cumplida. El peso de la pala. Otra vez. Y otra vez. Como una historia que se repite, ni siquiera como una farsa, sino como una tragedia tras otras. Y otra vez. Otra vez. Una acumulación de catástrofes que se presentan frente a la masa como un “no se puede” constante, otra vez. Otra vez el no se puede. Otra vez el encierro. Otra vez a relegarse a lo oscuro de la fosa. Otra vez se apaga la calle y se prende la tele. Salen las patrullas a recorrer la ciudad, a controlarla.

¿Cómo se explica el cambio de temperatura? El giro encubierto de la realidad, que de la noche a la mañana, te da y te quita el aliento. Te hace vivir y te hace morir, tan pronto, como pronunciaste la palabra “dignidad”. Te hace libre y después te roba todo.

Pintadas en las calles. Danzas. Fumatones. Arte. Música. Pancartas. Pensamientos contestatarios. Lenguajes no binarios. Murales. Banderas. Fuegos. Humos. Colores. Anécdotas. Personas de carne y hueso, gentes, como Jorge, que nació en Maipú, y fue a todas las marchas desde el 2019.

Iba con su camisa, sus pantalones negros con tiradores rojos. Tenía su aro dorado en la oreja izquierda y la sonrisa, a duras penas, dibujada tras la barba perfectamente cortada.

Se hizo, lo que los medios llamaron “octubrista”. Octubrista. La mejor de las rotulaciones. La mejor de las hazañas. Como del `17. El premio más grande. Octubristas de ayer y de hoy. ¿Cómo se adapta un

octubrista, después de Octubre, al mundo que quiere volver a ser el de antes?

A menos de 25 metros de distancia, un paco le disparó una lacrimógena, directamente al ojo y se lo reventó. Reventaron ojos. Reventaron Octubres.

Cuando todo retrocedió, sus ojos no aparecieron. Cuando las calles se vaciaron y la pandemia azotó las puertas, sus ojos no aparecieron. Impunes quedaron los represores, todos sueltos, todos libres, viviendo e inventando el mundo a su manera, a su imagen y semejanza, al reflejo de sus ojos opresores.

Jorge no se adaptó. No se iba a adaptar. ¿Acaso no es todo una mentira? ¿Acaso tiene algo de verdad, que instalaron una nueva normalidad, que la gente cree lo que cree, que se puso de moda la distopía? ¿Quién les puede creer? Con las injurias de sus encuestas. ¿Qué se les puede confiar? Si sabemos cómo mienten.

El metro pasó lleno, una vez más. Abriendo y cerrando las puertas, indiferente, como si fuese solo una carcasa

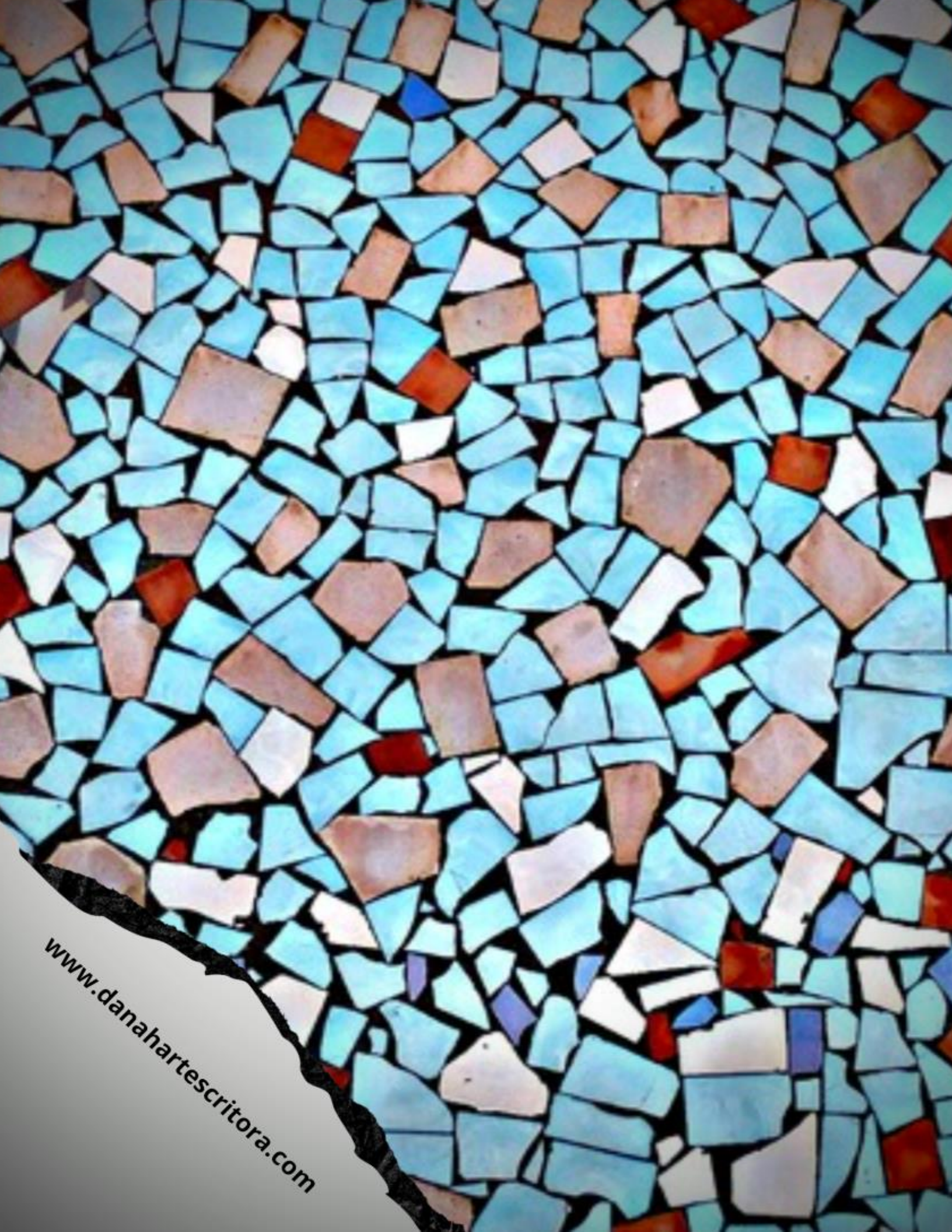
de metal. Aparentando cotidianeidad. Con un conductor cuyo sueldo sufrió graves descuentos como cada mes. Sufriendo el descontento, mientras aprieta los botones Adelantos y más adelantos. Deudas y más deudas. Cinturones apretados.

Jorge se lanzó a las vías, por la impunidad, por la injusticia, por la imposibilidad de volver atrás. Y no fue el único. Muchas otras personas que han luchado, y han sido mutiladas por el Estado, han decidido, forzosamente, terminar con su propio sufrimiento.

Sus nombres volverán a las calles. Porque lo único inevitable es la irrupción. Hay algo soterrado sucediendo, que no puede detenerse. Algo mucho más profundo que cualquier retroceso, y que no entiende de derrotas. Es una olla a presión... ¡La ebullición de lo subterráneo, volverá!



***Mural en Catedral con Brasil, Santiago, Chile, realizado por el Colectivo Teatro Mural**



www.danahartescritora.com